



DOCUMENTO

HUMBERTO GIANNINI I

La plaza

Noticia

El texto que aquí se reproduce aparece originalmente bajo el título "INTERLOQUIO I" en el libro titulado *La reflexión cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, publicado por primera vez en 1987. Hay numerosas reediciones de este libro, muchas de las cuales incluyen ampliaciones y correcciones. Hay también una edición francesa: *La "réflexion" quotidienne* (Alinea, París, 1995) con Prefacio de Paul Ricoeur, el cual ha sido incluido en las ediciones chilenas posteriores, traducido por Patricia Bonzi. La transcripción que se presenta a continuación se ha hecho a partir de la edición de 2004 (Editorial Universitaria, Santiago de Chile, pp.65-75).

HUMBERTO GIANNINI I

La plaza

[65]

“La tarde se asolea azul, en la Plaza...”

Armando Rubio, *El Ciudadano*.

¿Queda exhaustivamente caracterizada una existencia como proyecto de ser?

Se sabe que, entre otros, Ortega hizo de esta apreciación uno de los pilares de su filosofía¹, y que los pensadores americanos la han acogido con general beneplácito.

Uno podría explicarse esta entusiasta identificación con el modelo voluntarístico, neopitagoriano, en el fondo, ya sea de Ortega o de Sartre; explicarse asimismo la recepción verdaderamente apoteótica de la idea –o de la ideología– del Progreso, formulada por Augusto Comte y por el pensamiento positivista en el siglo pasado²; explicarse tales actitudes por el hecho de que ellas dan cause teórico a una de las disposiciones más típicas del hombre americano: a un privilegio de nacimiento, si pudiéramos llamarlo así, de América (tanto del Norte como del Sur). Y la disposición es ésta: los pueblos “jóvenes” de América hemos entendido, más bien, sentido la existencia, como voluntad histórica, como *disponibilidad permanente e incondicionada* para el futuro.

Será preciso, pues, volvernos algunos instantes sobre aquel nacimiento privilegiado, que nos ha marcado tan patéticamente con tal disponibilidad.

¹ Esta es una de las afirmaciones esenciales del pensamiento ortegiano: que la existencia humana no tiene, propiamente hablando, naturaleza: es historia.

² Habría mucho que decir sobre la influencia del positivismo en América. Por lo que respecta a Chile, fue un estudioso chileno, Juan Enrique Lagarrigue, el que trajo algo libremente al español la obra de Comte.

Para empezar, es importante situarse en el momento de la historia europea en que “ocurre” América. En tal momento, el pasado recoleto, intimista, junto a su sabiduría, está vitalmente agotado, o parece estarlo; en tela de juicio: algo nuevo ha estado [65-66] ocurriendo en la “teología de la Naturaleza”³ de los franciscanos; algo que ha terminado por revolucionar las ciencias de la Naturaleza y, con ellas, la filosofía y la misma teología. Paralelamente, algo nuevo en el arte. Una brisa refrescante recorre el continente, y Europa, recogida hasta ese momento en los textos y en el cuidado de sus tradiciones, se hace al mar. Y en esta disposición se encuentra con América, así, por azar, camino de las Indias.

Otro antecedente: la psicología del conquistador; el alma de los Pizarros, de los Aguirres, su voluntad de poder, que no sabe de frenos, y que al soltar las amarras de un puerto de Palos cualquiera, con el Viejo continente deja atrás en cierto modo, las viejas tradiciones, la autoridad del pasado.

Y otro antecedente todavía: el estado de “naturaleza” –de potencialidad, en el sentido aristotélico– con que el ojo europeo percibe o sueña el nuevo mundo: la “naturaleza buena” del nativo; la naturaleza virgen e inexplorada de sus tierras y mares.

En resumen: Europa descubre en América las condiciones ideales para refundar la historia, a lo divino: a partir de la nada.

No vamos a profundizar en estos antecedentes. Quisiéramos, sin embargo, indicar un solo gesto que, nos parece, lo simboliza y los engloba: llamémoslo “el gesto fundacional”.

El gesto fundacional no fue –y no es⁴– otra cosa que la certeza de la omnipotencia de la voluntad humana no sólo para hacer la historia sino, como decíamos, para iniciarla absolutamente en medio de una naturaleza “sin historia”; en medio de una realidad “sin mundo”, para recordar unas polémicas anotaciones de viaje de Ernesto Grassi.⁵

Quisiéramos, pues, detenernos en este gesto, significativo al máximo, a nuestro entender.

Trátase –y este es el privilegio americano– de nuestro modo de habitar el mundo a partir de una fundación *ab origine*: de una creación sin más supuestos que los que carga y trae la subjetividad del descu [66-67] bridor. Y esto es lo significativo: tal gesto parece anunciar aquella otra expresión de la voluntad humana –esencialmente de su voluntad– por el que se inicia simbólica y realmente la edad moderna occidental: “la fundación” de todo lo percibido a partir de las verdades puras incondicionadas del Yo percipiente. O si queremos, antes de Descartes, la deformación don-

³ Con “teología de la naturaleza” nos referimos a la nueva visión del mundo natural, propia del franciscanismo. Remito a un artículo nuestro, “Filosofía del desprendimiento”. *Revista de Filosofía*, 1979.

⁴ El gesto fundacional se prolonga por la historia americana como un ritual, casi como un automatismo: la obsesión de estos pueblos de empezar cada cierto tiempo, todo *da capo*: en política, en educación, en economía; la obsesión de lo discontinuo y de no dejar rastros de sí como si sólo a través de la destrucción pudiera construirse algo. Un antiplatonismo natural. Diríamos, el olvido como técnica para avanzar. El horror al pasado.

⁵ Ernesto Grassi, *Assenza di mondo*, en *La diarística filosófica*, Archivo di filosofia, 1959.

quijotesca de lo percibido por la voluntad de percibir. Momentos de “salida”, del hacerse al mundo del Yo, con sus categorías invasoras.

El primer momento de esta aventura, de esta arremetida de la subjetividad corresponde, pues, a la ambigua odisea de Colón, en el siglo XV; al también ambiguo des-cubrimiento de un mundo que el conquistador sólo anhela llenar de sí –fundar– en el proyecto que aún no formula teóricamente: que sólo sueña en el sueño infinito de autoafirmación. Más que un descubrimiento, entonces, una invención de sí. Y el drama de América es haber quedado cubierta, quizás definitivamente, después de este descubrimiento.

Volvamos al gesto. Imaginémonos al Yo fundador: detener su caballo, empinarse sobre la montura y, dando una larga mirada de inspección, indicar con el brazo estirado –aquí o allá, a su arbitrio– el lugar exacto en que ha de empezar la nueva historia civil. Entonces, los sacerdotes del séquito plantan la cruz, y el Capitán general se desmonta, deposita sus penates y se dispone a orar.

En aquel momento solemne se está fundando la Plaza Mayor.

Así, a partir de aquel centro imaginario se trazan ahora las coordenadas, cartesianas *avant la lettre*, de la nueva ciudad. *More geometrico*, “a cuerda y regla”, según decir de la época.⁶ Y más tarde alrededor de aquel centro se han de levantar los edificios que alberguen tanto el poder temporal como el espiritual de la ciudad; y los símbolos de su respetabilidad: la cárcel y la horca, entre otros.⁷

Tal empieza, pues, la historia civil de la ciudad hispanoamericana. Y es esta determinación tan exacta y profundamente datable uno [67-68] de los privilegios de la Plaza Mayor, de la plaza fundacional, por sobre todas las plazas de la tierra.

Sin embargo, nosotros queremos hablar de la plaza –no sólo de la plaza sudamericana, no sólo de la plaza fundacional, con toda la importancia que ésta tiene–; hacerlo, más bien, a propósito del sentido del transitar cotidiano y de los elementos más significativos por los que pasa y en los que se detiene ese transitar (Espacio y tiempo civiles).

La vida cotidiana es como un círculo: regreso al punto de partida para volver a partir y regresar nuevamente... ya lo hemos dicho: la cotidianidad es esencialmente “reflexiva”. Pero hay unos componentes de ella –como vimos, por ejemplo, el domicilio– que son más reflexivos que otros, o que lo son de distinta manera. Por eso, el tema de la “reflexión” será una preocupación permanente a lo largo de este libro.

⁶ Ordenanza de Felipe II (111/114) de 1573, citadas por Jaime Matas, Andrés Necochea y Pilar Balbontín, en *Las Plazas de Santiago*, Ed. Univ. Católica, 1983.

⁷ Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del Pasado*, págs. 9-10.

Pues bien, nuestra plaza –o lo que más se le asemeja en el pasado: el ágora, la platea, el foro, la cancha⁸– es “reflexiva” por el hecho de estar en la línea circunferencial de lo cotidiano. Ya sólo por eso. Pero, por el hecho de estar en un punto determinado de esa línea diremos que tiene una función eminentemente “reflexiva”.

Lo que requiere por cierto de algunas palabras aclaratorias.

Como ya hemos señalado, la idea de “reflexión” que aquí empleamos no tiene directamente que ver con lo psíquico. “Directamente”. En estas investigaciones el término posee una connotación predominantemente topológica, espacial. Digámoslo así: es el lugar concreto de retorno, y en cierta medida, de restauración de un “pasajero” que continuamente vuelve a partir. De este modo “reflexión” y cotidianidad vienen casi a coincidir conceptualmente.

Si recordamos nuestro primer capítulo, el domicilio simbolizaba: “regreso a lo más propio”, el lugar de en-si-mismamiento del individuo, restauración del desgaste público, en fin: “reflexión”. [68-69]

Ahora bien, la plaza, en general, a su manera posee también una función “reflexiva”, pero esta vez, es “función reflexiva” de la comunidad.

“Reflexiva”, en primer lugar, en cuanto por ella –en virtud de ella– la comunidad vuelve periódicamente a congregarse, a converger a propósito de todo lo que pudiese importar a una experiencia común: la preocupación política, la devoción, la defensa de sus murallas, etc.

“Reflexiva”, también, en cuanto alrededor de ella se levantan las instituciones por las que el ciudadano mantiene un trato directo o indirecto de intercambio permanente con los demás conciudadanos. Aquel fue el sentido del ágora ateniense que diera nacimiento a la democracia; ese, el sentido del foro romano o de los espacios sorpresivos o irregulares que abre la ciudad medieval para expresarse como experiencia común. Sin esos nuevos modos de unidad “reflexiva” la ciudad se hubiese ido convirtiendo en un conglomerado de “domicilios” (*isolae*) sin ventanas a la comunidad, para decirlo al modo de Leibniz.

La plaza sudamericana tiene, además, el privilegio de ser “reflexiva” en el sentido de que por ella –en virtud de ella– el individuo puede “salirse” del tiempo lineal dominante en la calle y en el trabajo, detener su camino y, en la pausa de un breve descanso, poner las cosas a distancia, llegarlas a poner incluso en “su punto de partida” (¿La plaza misma no es el punto cero en la historia de la ciudad?). Este salirse de la mundanidad del tiempo (tiempo funcional), flexionándolos sobre sí mismo a fin de que no se pierda totalmente por sus extremos, es auténtica reflexión.

⁸ La Kancha mapuche.

En pocas palabras: “la reflexión” desde un punto de vista comunitario, es la posibilidad siempre allí de un reencuentro ciudadano. Del reencuentro consigo mismo –al margen del tiempo lineal que parece [69-70] atravesar las calles y las almas de los transeúntes. Y esta función la han cumplido en mayor o menor medida el ágora, el foro, las plazas medievales; la han cumplido incluso esas creaciones monumentales del Renacimiento, ideadas más para generar belleza y admiración que otra cosa. Función estética que, por lo demás, también heredó la plaza americana.

Pero, nosotros quisiéramos ir más allá de un mero constatar la función “reflexiva” de la plaza; quisiéramos saber por qué ella despierta esta disposición alrededor suyo; por qué ella vuelve reflexivas a personas y cosas que se ponen a su amparo.

¿Será simplemente por esta condición suya de ser la apertura de la calle, con su capacidad física para contener a los conciudadanos y re-unirlo? ¿Es que basta un espacio físico para provocar un encuentro? Por último, ¿no corresponde a un hecho más que físico el que los hombres hayan pensado en “detener el curso de la calle”?

Intentaremos responder a estas preguntas que, ya se puede ver, retoman en pleno la cuestión de la ruta cotidiana (el rodar) y sus posibles transgresiones.

Los griegos contaban con otra familia de términos, tal vez más genérica pero más rica en consonancias lingüísticas, para nombrar la plaza (además de “ágora”) En efecto *πλάζ* (*πλαζτετα*) significaba un espacio amplio, abierto: el sustantivo *ή πλατεία* calle, plaza. Ahora, el hecho de ser asequible (físicamente) se decía *πλατος*, *ή, ου*, mientras que la cualidad espiritual de serlo, *πλαθω*: acercarse, tener comercio. Las consonancias aparecen de inmediato: espacio, platea, playa (*πλαταμωδη*). Después en latín, acaso: (*pateo*) “hacer patente”. Ahora, toda esta vasta familia de significaciones, apunta a lo mismo: extensión que deja abierto, patente, un horizonte justo para la mirada. Pero, podríamos preguntarnos, ¿qué tiene que ver con esta condición suya evidente, casi tautológica, de apertura, con aquella ciertamente más compleja de “reflexión”? [70-71]

Esa era propiamente nuestra pregunta.

Mucho; o todo, a nuestro entender. Pues ya se trate de una “reflexión” física, como la aquí propuesta, o de una reflexión mental, en ambos casos, el requisito para que ella ocurra es no ir manteado sobre ese falso tiempo común: el tiempo funcional, objetivo. El requisito: despegarnos por un momento de las cosas que consideramos, que hacemos, que empleamos; poner distancia a fin de lanzar la mirada más allá de lo que nos ocupa, lanzarla hasta el Otro, lo que simplemente

se presenta en la apertura de esa pausa. Para volver a saber de nosotros sólo en virtud de este reposo.

En otras palabras: significa “hacer espacio” a una presencia. Lo que solo puede ocurrir en lo abierto: en la apertura física de un espacio y en la apertura espiritual de cierta disponibilidad para el Otro (no estar ocupado).

Objetivamente considerada, la plaza, es la apertura de la calle: el suspenso de su condición tramitadora. Desde un punto de vista subjetivo, es toma de distancia respecto de lo que en el mero tránsito no alcanzamos a ver a causa de su proximidad funcional. La plaza es la distancia precisa, justa, que media entre la lejanía y el uso. (Lo que no interesa y lo que por estar muy cerca, no se ve).

Cuando interpretábamos la calle como símbolo de lo cotidiano, decíamos que en contraposición a la clausura domiciliaria⁹, aquella representa lo abierto. Pese a su sentido unidireccional, pese a su función primariamente conectiva, la calle en sí es posibilidad actual de des-vío, de transgresión de los proyectos; riesgo de quedar en la calle o, lo que parece más definitivo, de perder el rumbo y entonces, la identidad rutinaria que esa ruta resguarda. Representa lo abierto, además decíamos, porque ella, yendo cada cual a sus asuntos, ocurre el encuentro con el prójimo en su gratuidad y desamparo.

Sin embargo, la calle es esencial y primariamente mediación funcional: trayecto entre un proyecto y su fin. [71-72]

Ahora bien, el sentido funcional de la calle muere en la Plaza; repentinamente ábrese allí en una multiplicidad de direcciones, de lecciones posible. Esto, lo primero.

Hay algo más: la plaza era la posibilidad concreta de detener mi camino, de suspender, como ocurre en el domingo, mi condición de hombre pre-ocupado, siempre más allá de mí mismo. Esto ya lo dijimos. Repentinamente se abre, como ese espacio justo en que las cosas se vuelven espectaculares y desde todos los puntos del horizonte, van a dar a la plaza, simplemente para dejarse ver: cosas, personas, pensamientos. En otros tiempos, este espacio festivo, gratuito, al que las cosas vienen a mostrarse, en los días de fiesta empezaba a animarse lentamente de movimiento humano: de vidas que se daban cita para redescubrir el goce de entrar, también ellas, en este espectáculo circular: de mostrarse en las miradas, en el saludo, en las palabras. El goce de dejarse encontrar.

Rito del “encuentro en la plaza”, que dominó hasta la mitad del presente siglo en la provincia chilena. A la salida de misa, los domingos, la gente mayor, elegantemente ataviada, “engominada”,

⁹ Cap. I.

se paseaba solemne, saludando con el sombrero en alto, a diestra y siniestra, al compás de viejos aires interpretados por el orfeón del lugar. Al atardecer cambiaba el espectáculo humano: ahora eran alegres muchachas las que circulaban en grupo –vuelta y vuelta– dejándose admirar y piropear por enjambre de galanes. Reencuentro dominical; alegría de un tiempo fugazmente común, vivido en el intercambio significativo de una mirada, de un gesto, de una palabra.

En la semana, la plaza volvía a adquirir un carácter de intimidad, de claustro propiamente, en el corazón agitado de la ciudad: grupos pequeños de colegialas, devueltas a casa antes de la hora; pero, sobre todo, parejas, hombres solitarios, jubilados, afuerinos, que se insta [72-73] lan largo rato en los escaños en actitud de descanso o de contemplación, en busca de charla o “de enganche”.

Incluso, hoy¹¹.

Porque parecería que estamos hablando de una función pasada de la plaza, y traspasada ahora a los innumerables espacios de expansión y recreo de la ciudad: jardines y parques, por ejemplo, a los que se va a “pasar” un domingo para hacer pic-nic, encumbrar volantines o a jugar fútbol; o a los paseos peatonales, por los que se pasa diariamente y en los que confluyen trajín y contemplación, vitrineo y descanso, comercio establecido y ambulante, trabajo y mendicidad.

Todas estas son, sin embargo, otras realidades, distintas de la plaza.

Podría decirse que justamente porque hoy a la plaza no se va, como a un parque, porque se pasa por ella, porque se la encuentra y, repentinamente, aparece desde diversas perspectivas de nuestra actividad, por eso, ella muestra lo Otro de sí, no a sí misma (como un parque); que en esa su apertura justa de reflexión, muestra el espectáculo de la ciudad, de sus edificios, de su gente, de nuestra propia conciencia. Ese es su modo de ser en medio de la ciudad: es, en fin, la revelación de lo que podríamos llamar “la esencia de lo ciudadano” “reflexionandose”, como un espejo de aguas. Incluso hoy.

Recorramos una vez más con la mirada, sus escaños, o esos viejos cedros con inscripciones de origen y de edad, y los monumentos a los hombre ilustres del lugar. Todo aquí en la plaza es narración y retención de la temporalidad.

Incluso el fotógrafo con su arcaico trípode, ¿qué hace sino ayudar, por ejemplo a esa pareja de afuerinos que anhela retener estas horas de paso por el corazón de la gran urbe?

La plaza es “el tiempo reflexivo” de la ciudad; el aquí inicial que aspira a volver a sí misma, a mantenerse en sí mismo, y que en esta su atmósfera todo lo contagia de temporalidad reflexiva.

¹¹ Tengo a la vista un estudio de Prof. Andrés Recasens sobre la Plaza de Armas de Santiago (*Heterogeneidad urbana y Subculturas*, 1979). Una mirada acuciosa y perspicaz a la vida actual de la Plaza de Armas. Sobre el tema en general, además de las obras citadas: *Memorial del Viejo Santiago*, de Alfonso Calderón, A. Bello, 1984; Raúl Irarázaval, *Aquitectura chilena*, Ed. Nueva Universidad, 1978; *El modelo clásico de la Ciudad Hispano-americana*, de René Martínez. Existe además una obra publicada en España, del historiador chileno Miguel Rojas M., que ha sido imposible obtener en Chile.